

mente con el rey de Prusia y reconocer su jefatura. Con juvenil entusiasmo, Carlos Augusto de Weimar se dió prisa para convertir a la Liga de los príncipes en una Liga del Norte Alemán, con Prusia a la cabeza, constituyendo así la única fuerza que por sí sola hubiera podido dar jaque-mate para siempre al emperador en Alemania. En Polonia se acarició con fervor entusiasta la idea de hallar la protección prusiana contra la presión rusa. ¿No hubiera sido posible entonces regenerar políticamente este pueblo, para que formara un eficaz paragolpes contra la masa rusa en lugar de servirle como ariete? ¿Una unión de Prusia con Polonia y Suecia no hubiera sido tan fuerte como para echar a Rusia del Báltico y aliviar la presión en el frente oriental alemán? De todas maneras, aunque los árboles no llegaran creciendo hasta el cielo, aunque se dejaran libradas al porvenir las finalidades últimas y se pensara solamente en lo más cercano y más seguro, el momento reclamaba grandes resoluciones y rápida acción. Debía concluirse la obra de Federico el Grande, alejar del campo una vez por todas al rival habsburgués, destruir la gran potencialidad de Austria. La rebelión en Bélgica y el movimiento húngaro, ofrecían una óptima oportunidad; un golpe militar dirigido hábilmente y con fuerzas conjuntas hubiera derribado el edificio; el resto se hubiera hecho por sí solo. No cabe duda cómo hubiera procedido Federico el Grande; y cómo hubiera procedido Bismarck; él mismo lo ha expuesto.

Tampoco Federico Guillermo II fué insensible a la grandeza del momento, pero no poseía la capacidad de utilizarlo cabalmente, y en su derredor no se encontraba quien lo hiciera en lugar suyo. Así fué llevado a representar una tragicomedia diplomática, tan triste y ridícula al mismo tiempo que apenas hay otro ejemplo de ella.

A pesar de encontrarse a la cabeza de su ejército ya movilizado, en vísperas de invadir a Bohemia, se vió obligado a concertar al fin, el 27 de julio de 1790, la Convención de Reichenbach, que no le daba más que el seudotriunfo de haber "dictado" la paz entre Austria y Turquía y de haber salvado la existencia de la última.

Con esto se abandonó el pensamiento político al que Prusia debía su progreso; cesó el franco antagonismo contra Austria. Y así quedaron por mucho tiempo las cosas. Ambas potencias obran, en la época inmediata, hombro a hombro. Pero la relación no es natural. El dualismo no ha desaparecido, aunque se quiera cerrar los ojos ante él. Envenena hasta la alianza. En el problema polaco, Austria y Prusia se enfrentan con la mayor desconfianza. Cuando en 1793 y 1795 se procede al reparto definitivo de Polonia, cada una trata de obtener ventajas para sí; ambas se envidian sus ganancias y esto permite que Rusia se adueñe del asunto. Las tres comen del pastel polaco, pero la porción rusa fué, con mucho, la más grande y la mejor. También en esto la política prusiana fué lo más desgraciada posible. En lugar de conservar y fortalecer a Polonia, trató de pescar cuanto más pudiera del territorio polaco. Hay que aplaudir la conquista de Danzig y Thorn en 1793; resultó una efectiva ganancia. Pero la circunstancia de que en 1795 se tomara también toda la región hasta el Vístula y el Piliza y que Varsovia y Bialystock se volvieran ciudades prusianas, representaba más bien una debilidad que un fortalecimiento. No se vió más que el aumento exterior en millas cuadradas, pero no las dificultades que traía para la administración pública ese engrandecimiento —con ello Prusia se convertía en un estado casi por mitad polaco y por mitad católico—, ni el hecho de que Rusia había ganado mucho más y, por la



misma razón, se tornaba tanto más peligrosa. En Berlín se había perdido el hábito de pensar políticamente.

Y para obtener esta ganancia más que dudosa, se habían realizado, y dejado ocurrir, las cosas más funestas en el oeste.

Cuando Prusia y Austria se encontraron juntas en Reichenbach y juntas salieron muy pronto, aunque no en plena concordia, a arrebatarse tierras de Polonia, se desarrolló nuevamente y al mismo tiempo el problema planteado desde Luis XIV, el problema de la frontera alemana en occidente. Francia planteó su antigua pretensión: exigió el Rin.

La Revolución Francesa influyó, un poco tarde y paulatinamente, sobre las condiciones internas de Alemania. Al principio en Alemania apenas se hizo más que asistir con entusiasmo o con aversión a los acontecimientos que se desarrollaban a orillas del Sena. Se poetizaba y declamaba acerca de la libertad y de la muerte de los tiranos; se plantaban aquí y allá árboles de la Libertad; se coqueteaba con la Igualdad y la Fraternidad y se esperaba un nuevo paraíso con la victoria de las ideas francesas. Pero en el campo de los hechos, se hizo muy poca cosa, nada en realidad. Debían transcurrir dos generaciones más, antes de que también en tierra alemana se iniciara con los hechos la marcha hacia la imitación del ejemplo francés; por lo tanto, no se puede decir tampoco que con el año 1789 comience algo nuevo para Alemania. Al contrario; si se considera la situación de este país frente a Francia, se reconoce que la Revolución Francesa, muy lejos de imprimir un nuevo giro a las relaciones de los países entre sí, despierta más bien de nuevo una evolución secular, que había cesado por mucho tiempo; la pone otra vez en movimiento y la lleva a su término.

Luis XIV había aspirado a la caída del imperio habsburgués, a la eliminación de Austria en Alemania, a la soberanía francesa sobre los estados alemanes y a la posesión de la orilla izquierda del Rin, pero no lo había logrado. Apenas si pudo pensar en su ambición más elevada: la corona imperial de Carlomagno. Propósitos enteramente iguales fueron los que se fijaron los políticos y los generales de la Revolución. Las finalidades de su política exterior son las mismas que las de la antigua monarquía; pero las persiguen con más consecuencia y decisión y transitoriamente las alcanzan. En ello reside la grandeza de la Revolución Francesa, por la que se afirmó y pudo finalmente conquistar el futuro: se enlazaba a cuanto se refería a la nación y a su posición en el mundo, a las tradiciones de los tiempos más gloriosos del pasado, que se reprochaba a la monarquía, en los últimos años, haber olvidado y traicionado. Napoleón, el heredero y albacea de la revolución, como se le llamó con justo acierto, dijo una vez a un interlocutor alemán: "Yo representaré el papel que Richelieu asignó a Francia". En forma tan amplia y tan plenamente consciente, la Francia revolucionaria guardó fidelidad a las viejas tradiciones.

No hace falta indicar que esto estaba dirigido en primer término contra Alemania.

Se considera hoy como cosa segura, que la guerra comenzada en 1792, no fué impuesta de ningún modo a los franceses, sino exigida y provocada por los jefes de la revolución. Necesitaban el enemigo exterior para mantener firme, alrededor de su bandera, a la nación y consolidarse en el gobierno. Desde un comienzo, también, indicaron en seguida las finalidades a que pensaban arrastrar al país: Bélgica y la orilla izquierda del Rin. Cuan-



do terminó la primera campaña, en octubre de 1792, con la momentánea retirada de los austríacos y prusianos, se proclamó en la Asamblea Nacional de París, muy abiertamente, la conquista de todo el territorio hasta el Rin. En medio de estruendosos aplausos, el 31 de enero de 1793, Danton, el hombre más poderoso entonces de Francia, declaró: "Inútilmente, os digo, se trata de despertar preocupaciones basadas en que la República pueda llegar a ser demasiado grande. Sus límites fueron fijados por la naturaleza. Hemos de alcanzarlos enteramente... en el Rin. Allí deben terminar las demarcaciones de nuestra República, y no habrá poder que nos impida alcanzarlas". Algunos días después Carnot se expresaba en el mismo sentido: "Los viejos límites naturales de Francia son el Rin, los Alpes y los Pirineos. Las partes que se han arrancado del conjunto lo fueron solamente por fuerzas superiores. De acuerdo con los principios generalmente valerosos, no sería ambición irrazonable, si tratáramos de reconocer de nuevo como hermanos nuestros a los que ya lo fueron una vez, ni si nos esforzáramos en reanudar de nuevo los vínculos que fueron destrozados precisamente por la ambición".

Por este precio, pues, desde un principio se combatió en las guerras de la revolución, entre Alemania y Francia; inútilmente por parte de la primera, porque el nuevo dualismo, corroía aún más profundamente la eficiencia alemana, que lo que lo había hecho en otros tiempos anteriores la Constitución del Reich. La oculta discordia que seguía subsistiendo entre las dos grandes potencias alemanas, aun donde ellas se unían para proceder en común, fué la causa mayor para que Francia no sólo alcanzara — y no momentáneamente—, sus antiguas metas, sino que

las sobrepasara ampliamente, y cuando, sin embargo, fuera al final vencida, saliera de la lucha sin pérdida alguna.

De la reconciliación, iniciada por la Convención de Reichenbach, entre Austria y Prusia, surgió su alianza contra la Francia revolucionaria. Creyeron poder salvar en ese país a la pareja real y a la misma monarquía bajo formas constitucionales. Como interés realista Austria defendía con ello sus posesiones en Bélgica; en cambio no resultaba claro qué finalidad práctica se proponía Prusia. Según decía, luchaba... por Alemania. Pero combatía con la mitad del alma, llena de desconfianza por el aliado, que le devolvía ese sentimiento con intereses, y mirando de soslayo siempre hacia el este, preocupada por el hecho de que Austria pudiera entenderse secretamente con Rusia y defraudar a Prusia en sus ventajas en Polonia. Las campañas se desarrollaban como podía esperarse en semejantes condiciones: se alternaban retiradas y avances, derrotas y triunfos; no hubo un éxito decisivo porque faltó la colaboración de los dos aliados y de sus ejércitos. Ya en el otoño de 1793 el rey Federico Guillermo II dió personalmente la espalda al teatro de la guerra. Había salido a la lucha un año antes como campeón "para el Reich alemán". Ahora, declaraba en un manifiesto que en lo futuro, deseaba dedicarse únicamente a los intereses de Prusia (21 de septiembre de 1793). Hubiera servido mejor a la nación alemana si hubiera comprendido esos intereses con mayor prudencia y resolución, cuando aún era tiempo. Entonces se volvió hacia Polonia, para poner su botín a buen recaudo. Al año, partieron también las últimas tropas prusianas del oeste hacia Polonia, y dejaron sola a Austria en la defensa del Rin, que en esa forma se perdió también.

Siempre por miedo de ser perjudicada en Polonia si no



podía actuar en ella con todas sus fuerzas disponibles, y además económicamente agotada, Prusia firmó con Francia la paz de Basilea el 5 de abril de 1795. Se retiró por entero de los asuntos del Reich, renunció a cualquier oposición a que París se anexara la orilla izquierda del Rin, e impuso solamente, que en cambio de las pérdidas territoriales que sufriría con ello en el bajo Rin, Francia le agenciara una indemnización adecuada en la Alemania de la derecha del mismo río.

Mucho se ha vituperado antes y ahora, esta "traición a la causa alemana" y hay que admitir sin reserva que, desde el punto de vista alemán, el modo de proceder del rey de Prusia fué sumamente reprobable. Si se toma como patrón de medida el interés del Reich, Federico Guillermo II obró, sin duda, como un Judas, de acuerdo con lo afirmado en un libelo. Surge solamente esta cuestión: ¿se podía exigirle que identificara su propio interés con el del Reich? Con ello hubiera procedido de modo distinto al de los príncipes contemporáneos suyos, con el emperador a la cabeza, quien, secretamente, negociaba también una paz separada con Francia, sobre la base de que Austria renunciaría a Bélgica y se indemnizaría en Baviera. En el fondo era exactamente lo mismo que había hecho Prusia, con la única diferencia de que las negociaciones austríacas no llegaron a puerto. Solamente el resultado era distinto, las intenciones eran iguales por uno y otro lado.

Realmente, en ese momento hubiera sido una exigencia injusta para la política prusiana, la subordinación de su punto de vista al interés nacional. Cuando todos los demás, comprendiendo al emperador, hacían solamente política particularista, ¿debía ser nacionalista únicamente Prusia? Políticamente esta idea no era más que una equivocación. Prusia no tenía obligación de asumir el papel

de campeón de la nación alemana; tampoco podía hacerlo, porque sus fuerzas no daban para eso, como se había demostrado poco antes en la guerra, que fracasó porque había dos potencias capitales, dos jefes en lugar de uno. ¡Ah, si solamente Prusia hubiera mandado en Alemania, si Austria se hubiera retirado o hubiera sido eliminada! Pero no había ni que hablar de ello; la oportunidad se había desperdiciado en 1790. Y aquí aparece con claridad la funesta y permanente influencia de las faltas de entonces. De estos errores, de la Convención de Reichenbach y de sus anexos, sobrevino todo lo demás como consecuencia; por lo tanto no se puede reprobar, realmente, la paz de Basilea. Fundamentalmente, era inevitable y por eso mismo, en las circunstancias dadas, lo más justo. ¡Con qué prudencia es necesario proceder, sobre todo en la alta política, para condenar un paso aislado, una resolución determinada, aunque pueda parecer que lo merece! En la mayoría de los casos, ocurre exactamente como en el juego de ajedrez: cuando se pierde una pieza se trata generalmente de la consecuencia de errores precedentes, y no puede pedirse que el jugador evite su pérdida cuando ya no puede deshacer los movimientos equivocados que ha ejecutado anteriormente. Por lo menos tal era la situación en Prusia en el año 1795: su política del momento era, por cierto, mala y desgraciada, pero no había surgido como tal solamente entonces, sino que databa ya de cinco o seis años antes. Pero los antiguos errores se vengaban cada año más.

Sin lugar a dudas, las consecuencias del alejamiento de Prusia de la guerra contra Francia fueron de las peores. Austria siguió combatiendo sola, al lado de Inglaterra, dos años, pero únicamente para sufrir un perjuicio mayor. Cuando se le enfrentó el genio militar superior de Napo-



león, la derrota fué completa. Ya en 1797, con la paz de Campoformio, debió consentir como Prusia en la cesión de la orilla izquierda del Rin. Cuando se atrevió otra vez a entrar en la lucha, las victorias de Napoleón y de Moreau en Marengo y en Hohenlinden (1800) trajeron la decisión. La paz de Lunéville, en 1801, la selló. Todo lo que siguió no fué más que su ejecución y llevó a la disolución del Reich.

De acuerdo con lo pactado en Basilea y Lunéville, los príncipes debían ser indemnizados por lo perdido con la separación de la orilla izquierda del Rin. Después de largas negociaciones este asunto terminó por la "resolución principal de la diputación del Reich", el 25 de febrero de 1803, con una completa modificación del mapa de Alemania. Todos los principados eclesiásticos desaparecieron, con excepción de uno, el estado del Gran Canciller de la curia electoral; fueron empleados para compensar a Prusia, Baviera, Württemberg, Baden, Hesia y Nassau. Más tarde hasta los pequeños dominios seculares —condes, barones, caballeros y ciudades— sufrieron la misma suerte. Esta nueva repartición de territorios implicaba la destrucción de la vieja Constitución del Reich y, al mismo tiempo, la deposición efectiva del emperador. Con los príncipes eclesiásticos desaparecía el grupo que aun tenía sus buenas razones para estar al lado del emperador: el partido imperial. El Reich se convirtió en una federación de estados de mediana magnitud; el imperio había perdido su base.

Según su forma se trataba de resoluciones del Reich; de hecho no eran otra cosa que disposiciones de Francia. Dependía del favor o de la oposición de Napoleón, que en líneas generales se había entendido con el emperador de Rusia, si un determinado estado alemán seguiría o no subsistiendo, y, en este último caso, qué y cuánto debiera

recibir algún otro estado. La política francesa de antigua tradición —paralizar al emperador por intermedio de los príncipes— halló su victorioso cumplimiento.

Cuando Austria intentó una vez más rebelarse contra esta situación, fué nuevamente derrotada, en Austerlitz, en 1805. El año 1806 trajo la liquidación final. Los estados alemanes del sur, engrandecidos, proclamaron su soberanía, es decir, su retiro del Reich, y formaron la Confederación Renana (20 de julio de 1806) bajo la protección francesa. Austria renunció al título imperial romano: el Reich alemán había dejado de existir.

Quedaba Prusia, que, aparentemente, surgía más grande. Por las secularizaciones de 1803, había ganado más de lo que ganó la mayoría de los otros estados; solamente las ventajas de Baden habían sido mayores. La incorporación de las diócesis de Westfalia, había ensanchado poderosamente su territorio. Hasta entonces había conseguido mantener alejada la guerra del norte de Alemania. De hecho el país alemán quedaba dividido en una mitad prusiana y otra mitad francesa. Era doloroso, pero desde el punto de vista prusiano no representaba necesariamente una desgracia. Mucho más todavía se podía ganar procediendo sagaz y firmemente: unificar todo el norte de Alemania y desde allí, con el tiempo, en una oportunidad favorable, emprender la liberación del sur. Una idea de esto flotaba en el aire, y tanto, que finalmente tampoco el gobierno de Prusia pudo hacer otra cosa que poner manos a la obra, aun vacilando.

Por cierto, la situación no estaba exenta de peligros. Francia amenazaba en el oeste, Rusia en el este; cada una exigía la colaboración, la adhesión a su propio partido. Se requería prudencia y, sobre todo, valor y acción hábil y certera. En Berlín reinaba lo contrario de todo esto. Fede-